



LA VOZ DEL MUERTO

Al docto literato señor Lic. don José López Portillo y Rojas

I

Nos asomamos al infinito océano de la eternidad al presenciar los últimos momentos de un moribundo. El hombre, cuando llega al lindero que divide el tiempo de la vida que nunca acaba, vuelve por última vez los ojos hacia este mundo, nido de nuestros legítimos afectos y campo de batalla regado con el sudor de nuestros rostros y la sangre de nuestras venas.

Don Javier de Montellano hállase en estos solemnes momentos: su esposa se le ha anticipado en el viaje y sus hijos van á quedar enteramente huérfanos.

A la cabecera del mortuorio lecho vela una niña, admirablemente hermosa, con luz de sol en los ojos, color de rosa en la faz y fragancia de jardín en el alma.

El tenue fulgor de una lámpara ilumina tristemente la alcoba y los mortecinos rayos interceptados por un biombo japonés, dejan en la penumbra al enfermo y á la niña.

Frente al lujoso catre de don Javier elevase el altarcito arreglado la víspera, día en que el enfermo, como cristiano de corazón y de abolengo, recibió los espirituales auxilios. En la más alta grada del altar írguese un precioso Crucifijo.

El silencio es profundo, sólo se oye el "tic tac" del péndulo del reloj, y de vez en cuando, la cansada respiración del paciente. El horario va á marcar las tres de la mañana y el sueño empieza á vencer á la niña. De repente don Javier se incorpora, ve el reloj y exclama con cavernoso acento:

—Van á dar las tres de la mañana. Es la hora de los muertos, pues la mayor parte morimos á esa hora. Angelina, mi ama da Angelina, ¿te has dormido?

—No, papasito, aquí estoy. ¿Desea usted algo?

—¿Colocaste cerca de mí el aparato ya preparado?

—Sí, papá, aquí está.

Y la niña señaló un bulto colocado sobre una mesa, cerca de la cama, y cubierto con un manto negro.

—Bien, llama á tus hermanos.

Angelina, que vestía aún de corto, pues tenía catorce años, dirigióse de puntillas á la puerta que comunicaba la alcoba con la sala.

—Héctor, Julio, dijo sin levantar mucho la voz, les habla papá.

Héctor y Julio dormitaban, aquél en una poltrona, éste en un sofá; ambos levantáronse precipitadamente al oír la voz de su hermana y entraron á la recámara.

—¿Llamamós al médico? interrogaron á la vez. Vela en su cuarto.

—No, respondió el enfermo, á mis hijos únicamente necesito.

Luego, haciendo poderoso esfuerzo, levantó la voz y dijo:

—Voy á morir y á daros mi postrera bendición. Alzó la diestra mano y hondamente conmovido bendijo á sus hijos.

—Ahora, añadió con lágrimas en los ojos, oíd mis últimos consejos.

Tomó aliento y díjoles pausadamente señalando el Crucifijo:

—“Bajo la sombra de la Santa Cruz he vivido y Ella me ampara en mi lecho de muerte. Vivid y morid en la fe de vuestros padres.

Esperad siempre en Dios, que es el Dios de las misericordias, aun en la caída os dará la mano para levantaros.

Amad á todos, pero especialmente amaos entre sí vosotros, y si algún día os divi-

den fraternales rencillas, cortadlas con un abrazo de amor.

Dijo el anciano, dejó caer pesadamente la cabeza en la almohada, contrájo-se la boca, estiró el cuerpo y expiró con la tranquilidad del justo.

II

Los hijos de don Javier lloraron sinceramente la muerte de su padre, pero consoláronse al fin con las heredadas riquezas; y la alegría de la juventud, por algún tiempo desterrada del hogar, volvió á él con su retozona animación y sus sueños color de rosa.

Nada turbaba la armonía de aquella familia: Héctor y Julio, estrechamente unidos por el cariño y los intereses pecuniaros, mirábanse en Angelina, y ésta era la pequeña madre de los jóvenes. ¡Cuántas ideas de engrandecimiento para la casa del señor de Montellano! ¡Cuántos proyectos para lo porvenir! Los hermanos querrian se siempre mucho, y si se casaban vivirían unidos los corazones de todos.

Así pasaron muchos meses; la testamentaria del finado estaba para concluir, y á Héctor, el mayor, á quien su padre nombró albacea, tocaba hacer la partición de la herencia.

Ambos jóvenes tenían ya sus novias.

de la más elevada aristocracia mexicana, y en breve formarían nuevos hogares. Aun Angelina empezaba á probar el néctar del cariño. Soñaba ya con un doncel de retorcidos bigotes y atrevida mirada, el cual seguía á todas partes, se apostaba frente á su casa y enviábale perfumados billetes. Estaba en la primera etapa de la senda del Tabor ó del Calvario, no lo sabía aún, pero con el amor aceptaba hasta el martirio.

No culpo á las aristocráticas novias de los hermanos, ni al gentil pretendiente de Angelina, sino á las humanas pasiones, que, con suavidad primero, con violencia después y con avasallador imperio por fin, se apoderaron de los corazones. Es el caso que la codicia, madre de gran parte de los pecados de los ricos, se apoderó de Héctor y de Julio. La partición presentada por Héctor al Juzgado primero de lo Civil de la ciudad de México, no satisfizo á Julio ni á Angelina, y aunque ésta, en pro de la paz y la armonía, cedió á las exigencias de su hermano mayor, Julio sostúvose intransigente y entablóse un importante y escandaloso litigio, que dió abundante pasto á la hambrienta murmuración.

De día á día agriábanse más los ánimos de los hermanos, quienes llegaron al extremo de ni siquiera saludarse. Julio se separó de la común morada y vivía en un hotel, y Angelina, que continuó viviendo

con su hermano mayor, sufría mucho al oír todos los días, especialmente á la hora de sobremesa, á Héctor hablar muy mal de Julio. Ambos hermanos heríanse sin misericordia por la espalda, y aun empezaban ya, cuando se encontraban en la calle ó en alguna reunión, á dirigirse ofensivas indirectas.

Julio alegaba que Héctor, abusando de su cargo de albacea, quería para sí la mejor parte de la paterna herencia; que maliciosamente había hecho valuar á ínfimo precio los bienes que se adjudicaba y muy caros los que quería adjudicar á sus hermanos. Héctor, por su parte afirmaba que Julio no quería cumplir la voluntad de su padre, quien autorizó á su albacea para que practicara la partición como mejor le pareciese. En cuanto á Angelina, por las disputas que había oído, juzgaba que sus dos hermanos pretendían injusticias, y no se escapaba á la penetración de la joven que en todo caso sería ella la más perjudicada, pero aun á esto resignábase con tal de ver restablecida la paz y la armonía en la familia.

III

Con motivo de un ocurso del abogado de Héctor al Juez de lo Civil, escrito que al través de la jurídica forma contenía en punzante sátira terribles ofensas contra

Julio, éste exaltóse en sumo grado. Después de cenar se dirigió á la casa de su hermano, resuelto á exigirle amplia satisfacción. Héctor, según le informó el portero, estaba en el "Jockey Club" y vendría muy tarde; Angelina dormía ya. Julio pensó que le engañaba y echóle en cara su falta de franqueza. El portero, que ignoraba los fraternales disgustos, abrió la puerta y dijo al hermano de su amo:

—Pase usted y desengañese por sus propios ojos.

Julio encaminóse al despacho de su hermano; estaba cerrado.

—Esperaré en la sala, dijo á la ama de llaves, y dirigióse hacia ella.

—¿Aviso á la niña Angelina? interroga la ama.

—No, señora, déjela usted dormir.

Largas le parecían á Julio las horas. Sentábase, rebullíase, luego parábase y daba vueltas. A veces la ira subía de punto, apretaba los dientes, cerraba los puños y pateaba la mullida alfombra.

Héctor, en efecto, hallábase en el "Jockey Club," empezaba á aficionarse al juego y el bacarat habíale hecho trasnochador.

Después de las dos de la mañana llegó á su casa muy mohino, porque esa noche había perdido una fuerte suma. Infórmole el portero de la inesperada visita, y subió

la escalera más malhumorado de lo que llegó y resuelto á castigar á su hermano por la audacia de haber penetrado á la casa de sus padres sin previo permiso.

Al hallarse los dos hermanos frente á frente la ira relampagueó en los ojos y todo fué pronunciar la primera palabra de reproche para que se desbordara el comprimido rencor. A la injuria, respondía la injuria; á la amenaza, la amenaza, y por último, Héctor levantó la diestra mano y dió á Julio tremendo bofetón, que resonó en la alcoba de Angelina.

Esta levantóse asustada y al asomarse á la puerta que daba á la sala vió á sus hermanos en desesperada lucha. Julio con la pistola en la diestra y Héctor sujetándole el brazo y batallando por desarmarle.

La niña, azorada, eleva al cielo los ojos en suplicante actitud, y de improviso una idea salvadora viene á su mente y vuelve corriendo al interior de la alcoba.

Julio, entretanto, logra desasirse de la férrea garra de su hermano, amartilla la pistola, y va á descargar el tiro, cuando oye extraño ruido en la recámara de Angelina. El reloj dió las tres de la mañana, y de repente, ambos hermanos con indecible estupor oyen una voz triste y cavernosa que llena los ámbitos de la sala.

—"Bajo la sombra de la Santa Cruz,

dice la voz, he vivido y Ella me ampara en mi lecho de muerte. Vivid y morid en la fe de vuestros padres.

Esperad siempre en Dios, que es el Dios de las misericordias, aun en la caída os dará la mano para levantaros.

Amad á todos, pero especialmente amaos entre sí vosotros, y si algún dia os dividen fraternales rencillas, cortadlas con un abrazo de amor."

Calló la voz, y los ángulos de la sala parecían repercutir sus últimas vibraciones. Julio dejó caer la pistola. Los hermanos miráronse por algunos momentos. la voz del padre muerto había trocado sus corazones. Después, sollozando amargamente, abrieron los brazos y estrecháronse con fuerte abrazo.

—Cortemos las rencillas, exclamaron casi á la vez, con un abrazo de amor. Angelina, entretanto, arrodillada oraba llorando.

Los hermanos corrieron hacia ella y la abrazaron.

—Allí les dijo ella, en ese fonógrafo que nuestro padre me mandó colocar cerca de su mortuorio lecho, guardo sus últimos consejos. Ellos nos han salvado.

Los hermanos han vivido desde entonces en cordial unión, y anualmente, en el aniversario de la muerte de su padre, reú-

nense á las tres de la mañana en la casa solariega, y de rodillas escuchan la voz del amado muerto, reproducida por el maravilloso invento de Edison; y aquella voz les consuela en las penalidades de la vida y les sostiene en el sendero de la virtud.